

Gabriela Pulido Llano, *Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana. 1920-1950*, México, INAH (Científica), 2010, 160 pp.

Delia Salazar Anaya*

El libro *Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana. 1920-1950*, de Gabriela Pulido Llano, cuidadosamente editado por las prensas del Instituto Nacional de Antropología e Historia en su colección Científica, ofrece una historia de cierto corte transnacional sobre el aporte cultural de un singular flujo migratorio, integrado por músicos, cantantes, actores, bailarines, directores y empresarios cubanos llegados a México, que dejó innumerables influencias, recuerdos y lazos afectivos con la isla de Cuba, la “Gran Antilla” del Caribe. Su enfoque, para conocer el devenir y la proyección en la cultura popular de Yucatán, Veracruz o la ciudad de México, de un estridente y afamado grupo de migrantes que transitaron por los escenarios artísticos cubanos y mexicanos, como embajadores del nacionalismo cultural habanero en el exterior –espectacularmente representados, en su forma estereotípica, por el cine nacional en su llamada “época de oro”–, abre una perspectiva de investigación especialmente novedosa y sugerente para aquellos que desde hace algunas décadas se han dedicado al estudio de los extranjeros en México, que por mi propia inclinación refiero aquí.

Quien lea el libro no encontrará un estudio clásico sobre una migración internacional apuntalada en grandes series estadísticas, registros migratorios ni en la memoria oral de aquellos hombres que se preocuparon por conformar en México instituciones comunitarias encargadas de reforzar o recrear la identidad colectiva de aquellos que comparten o han compartido una herencia nacional o étnica, emanada de una experiencia migratoria. En sus páginas, la memoria sobre los intercambios culturales

y sobre la extranjería de los cubanos en México cobra otro sentido, porque evoca a una historia que me permitiría calificar de cierta sensibilidad común, como la que promueven algunos estudios recientes de la historiografía francesa.

El libro propone una historia de representaciones, ritmos y sensaciones afines entre Cuba y México, bien ajena a la noción decimonónica que explicó los transvases de población como resultado de un conjunto de razones de impulso y atracción entre las áreas de origen o inserción de inmigrantes.



Por el contrario, el texto nos habla de un canal de comunicación, de un intercambio permanente, de un ir y venir de capitales humanos y culturales. Aunque la primera mitad del libro está dedicada esencialmente a la nación de origen y la otra a la de destino, regidas por un corredor de intercambios culturales que, si bien recorren distintos espacios geográficos, en gran parte se delimitan por las ciudades de La Habana y México, en esta obra lo que se analiza es la forma de cómo en Cuba se construyó un conjunto de representaciones sobre lo típicamente “cubano”, que viajó a México en la misma maleta de sus protagonistas. Estereotipos sobre la mulata y el negro, la rumbera y el bongosero que, por adenda, vinieron a

difundir o reforzar, a través del celuloide, una imagen popular inicialmente dada a conocer por el teatro bufo o por la música sobre lo que se asume en el exterior como netamente “cubano” o “tropical”. Estereotipos que, si bien, como la autora refiere, en México remitieron a la extranjería de sus protagonistas salidos de la Gran Antilla, también quedaron sellados en la memoria popular mexicana entre los años veinte y cincuenta, y que aún se recuerdan como un componente indisoluble de una época.

Aunque el texto de Pulido se centra en la construcción de los estereotipos sobre la esencia mestiza de la cultura cubana, en su cuidadoso análisis también recoge algunos elementos sobre la representación de aquellos que en Cuba se identificaban como distintos: los extranjeros. Figuras estereotípicas sobre el otro que resultan bien cercanas a los que remiten a los propios inmigrantes en México –según su ascendencia–, como podría ser el caso del gallego, el yanqui y aun del chino. Por ello, el libro es un bien entramado estudio que podría alimentar a otros que aborden la configuración de estereotipos sobre los inmigrantes que se extienden no sólo en Latinoamérica, sino también en Estados Unidos. Aspecto que, desde mi punto de vista, ha sido escasamente atendido por los estudios de caso que se refieren al devenir de las comunidades de origen extranjero asentadas en México y aun en el continente en su conjunto.

Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana... también abunda en una historia empresarial que contrasta con la que ha llamado la atención de otros especialistas que han estudiado el devenir de los extranjeros en el país con las herramientas de la historia económica, bien conocidos por sus investigaciones sobre acaudalados empresarios de origen español, francés, alemán, estadounidense y aun hispano-cubano. Aunque no sería dudoso que las empresas artísticas cubanas y sus empleados, en este caso representados por músicos, rumberas e incluso tramoyistas o coreógrafos, seguramente

* Dirección de Estudios Históricos-INAH.

acumularon algunas ganancias durante sus estancias temporales o definitivas en México, el texto se centra en el contenido simbólico de sus mercancías y servicios de entretenimiento, una gran parte naturalmente intangible, pero ampliamente comercializada como un ritmo bongosero, un sugerente movimiento de caderas, una algarabía adosada de palmeras, holanes y colores del trópico, que llamó la atención de innumerables consumidores de discos y boletos de carpas, teatros y cines.

La red de relaciones que Pulido identifica en las empresas artísticas habaneras y mexicanas, entramada por los intercambios de hombres y mujeres de la región caribeña, que incluso importaron sus palmeras y sus cocos a los cabarets y centros nocturnos de la ciudad de México, sirve como botón de muestra sobre la diversidad de flujos y razones de ser y estar de los cubanos en México. En este libro no se encontrará a los inmigrantes que se trasladaron por las redes del tabaco o el azúcar, aunque mucho humo y mucha azúcar convertidos en cigarrillos y bebidas alcohólicas podía encontrarse en los centros nocturnos en donde las rumberas cubanas representaban sus bailes erotizantes, acompañados de sus conciudadanos. A lo largo del libro se encontrarán distintas historias sobre un modelo migratorio, bien distinto, integrado por aquellos que, como señaló el conocido “rey del mambo”, Dámaso Pérez Prado, llegaron a México “buscando horizontes” para apuntalar o acrecentar sus carreras artísticas. Movimientos que, incluso en la legislación migratoria, se asumen como ingresos temporales, pero que, como refiere la autora en este libro, también significaron la residencia definitiva de algunos artistas de ascendencia cubana en México o su impacto en la memoria de una época en México y Cuba.

Aunque creo con optimismo que el lector que adquiera este libro tal vez se animará a desenterrar sus viejos discos o invitará a su pareja a practicar algún complejo paso de mambo o recordará una película que

reiteradamente ha visto en el televisor, el estudio de Gabriela Pulido también refleja la solidez de una académica que ha tenido “el atrevimiento” de estudiar con especial rigor metodológico un aspecto de las historias cubana y mexicana que, si bien seguramente “aterrorizó” a la liga de la decencia de su tiempo, tal vez también incomode a algunos académicos doctos que sólo le asignan valor a la Historia con mayúscula. Se trata de un libro bien pensado, bien documentado y sólidamente apuntalado en una perspectiva teórica que empieza a desarrollarse en el ámbito nacional.

Aunque el libro ofrece un final espectacular, centrado en un conjunto de películas especialmente exitosas del cine mexicano, como *La reina del trópico* (1945), *Angelitos negros* (1948), *Calabacitas tiernas* (1948), *Una estrella y dos estrellados* (1959), o *Konga Roja* (1943) y *Aventurera* (1949), tan conocidas que incluso la autora pudo omitir sus eruditas notas al pie de página al referirlas, la lectura que devela en las cuartillas del libro sobre estas piezas clásicas del cine también refleja el conocimiento profundo y la complejidad del análisis que propone. Como antecedente, Pulido remite a la historia cultural y política cubana. Ofrece una explicación sobre las formas en que la élite cubana imaginó y construyó su propio sentido de identidad, retomando valores de la literatura docta que luego pasaron al teatro, la música, el baile o el cine en un periodo durante el que, tanto en México como en Cuba, se buscaba construir una imagen de lo propio, lo nacional, de la esencia mestiza, más allá de cualquier cuestionamiento actual sobre dichas nociones.

El libro también es un primer acercamiento para los estudiosos de las diversiones públicas y los medios masivos de comunicación. En sus páginas se encontrarán historias bien documentadas sobre algunos grupos musicales, empresarios, bailarines y artistas de ascendencia cubana, pero también de los mexicanos o de otros extranjeros con quienes convivieron, así como de los espacios

públicos en donde se desarrollaban sus labores. El libro ofrece un escenario correcto de México entre los años veinte y cuarenta, aunque enfocado en la ciudad de México, con su vida nocturna, sus espacios de esparcimiento, y menos centrado en el impacto del hogar a través de la radio o la respuesta de aquellos ámbitos que seguramente vivieron su presencia y exhibición como una influencia nociva a la moral y las buenas costumbres de algunos sectores de la población nacional. Un cuadro sobre la sociedad de una época que, si bien podría verse o profundizarse desde otras perspectivas, asimiló en su cultura popular una idea sobre “el trópico” en donde no podría faltar un estereotipo de la cultura cubana, plasmado en los escenarios por sus propios protagonistas.

No puedo menos que invitar a los lectores de *Diario de Campo* a adquirir un sugerente producto cultural, convertido en un libro de la colección Científica del INAH que refleja las maneras en que se inventó, comercializó y exportó una idea sobre lo típicamente cubano al exterior, así como su influencia, asimilación o reinención en el espacio mexicano. Es de esperar que este libro tenga tanto éxito y popularidad como la que adquirieron los protagonistas de las representaciones artísticas que narra y analiza, engalanadas por sugestivos cuadros dancísticos, musicales o histriónicos, rescatadas del olvido por Gabriela Pulido en esta historia que, en mi opinión, “baila al son de un ritmo tropical”.

• • •

Samuel Villela, *Sara Castrejón, fotógrafa de la Revolución*, México, INAH, 2010, 151 pp.

Rebeca Monroy Nasr*

Sara Castrejón, un nombre nunca antes mencionado en la historiografía de la fotografía de nuestro país. Durante años, como investigadores, hemos buscado a aquellas

* Dirección de Estudios Históricos-INAH.